

gion, dándole nuestros corazones y nuestras vidas si necesario fuese. También os toca á vosotros un gran sacerdocio : el de dar esos sublimes ejemplos victoriosos siempre de desinterés, de pureza y de la caridad que se inmola. ¡Felices aquellos que llenen esta noble misión!

Con todo esto, hermanos míos, pensando en el triunfo externo de la religión, no olvidemos que hay uno más inmediato, más próximo. Su triunfo es vuestro corazón. Amen.

FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS.

Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis erit.

Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho.

(LUC. XVI, 10.)

El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza sembrado en un campo. Este grano, el más pequeño de las simientes, crece y llega á ser un árbol en cuyas ramas van á descansar las aves.

Lo que es bueno progresa y es fecundo, no sólo porque produce el bien, sino porque, según el libro de la Vida, es acreedor á la bienaventuranza.

Lo bueno engendra el bien.

Nosotros podemos, carísimos hermanos, avanzar ó retroceder en el buen camino. Dios nos ha concedido el libre albedrío para poder añadir á los méritos de nuestro Salvador algunos méritos propios. Si nuestros actos no tuvieran mérito alguno, si nosotros no fuéramos más que unas meras máquinas, lejos de ser semejantes á Dios, nos asemejaríamos á los animales; y en este caso, el primer hombre no habría desmerecido más que una loca balanza, que un reloj descompuesto, y, por consiguiente, la reparación del hombre por la encarnación del Hijo de Dios sería absurda, y la ley divina inútil.

Mas, ¿hasta qué punto somos libres? Nadie puede decirlo exactamente. Sin embargo, ¿quién no recuerda la hora ó el momento de su infancia, en que se dijo á sí mismo : he obrado bien, ó mal; he merecido elogio, ó reprensión; castigo, ó premio?

Si, pues, no nos es dado apreciar lo que nuestra nativa flaqueza y

nuestra organización corporal quitan á nuestra libertad, tampoco podemos negar nuestro libre albedrío, puesto que instintivamente lo sentimos en una edad en que los sofismas no habían todavía podido turbarnos el espíritu, y que cada día sentimos, y hasta nos mostramos satisfechos de haber obrado bien.

Voy, pues, á hablaros hermanos míos, del ejercicio de la libertad; vereis cuan injustas son las quejas que el mundo dirige á la Iglesia, cuando la acusa de sobrado minuciosa y reglamentaria, y cuan verdadera es aquella sentencia de los santos Libros : « El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho. » Pidamos ántes los auxilios de la gracia : A. M.

1. Sucede, queridos hermanos, con el ejercicio de la libertad, lo mismo que con el estudio de otra facultad cualquiera. No quisiera se creyese que voy á entreteneros con un juego de palabras; empero no puedo menos de deciros que, en la práctica, el más ámplio y fecundo ejercicio de la libertad consiste en hacer metódicamente las cosas, hasta las más pequeñas.

Digo, metódicamente; palabra árida, y por lo mismo que huele á escuela y á sabiduría humana, parece que se aplica mal al tratarse de cosas de Dios. Desengañaos, carísimos hermanos, y desconfiad del capricho, de la irreflexión y de la imaginación en las prácticas cristianas. No prestéis oídos á ciertas inspiraciones ántes de haber adquirido el hábito de conformar vuestra voluntad á la de Dios.

El método de que voy á hablaros creará este hábito, y entonces, así como el sábio que ha estudiado con perseverancia, no descuidando nada en su estudio, aplicando en toda ocasión lo que ha aprendido, examinándose, por decirlo así, cada día, llega á poseer verdaderamente la ciencia, de suerte, que ninguna necesidad tenga de recordar textualmente los libros que ha consultado; no de otro modo el Cristiano, perfecta y metódicamente instruido en el ejercicio de su libertad en vista de la voluntad de Dios, acabará por posesionarse completamente del espíritu evangélico; todo le será fácil en la práctica del bien, que formará en él como una segunda naturaleza; y sólo entonces podrá prescindir de preguntarse á cada instante : ¿ es esto bueno? ¿ he obrado bien?

El método que os propongo, hermanos míos, método que puede adoptarse en cualquiera edad, por poco adelantado que se esté en la vida espiritual, consiste en tres cosas :

1.ª Resolución firme de someter en todo nuestra voluntad á la voluntad de Dios.

2.^a Preguntarnos ántes de obrar si lo que vamos á hacer es bueno ó malo, y si podríamos obrar todavía mejor, renovando con frecuencia la resolucion de someternos en todo á la voluntad divina.

3.^a Hacer todos los dias un diligente exámen de conciencia.

Muchos motivos, hermanos míos, deben determinarnos á hacer, ántes de obrar, un firme propósito general que sea como el prólogo de nuestra vida. Los tres principales son : el poder, la inteligencia y la bondad de Dios. Pocas palabras os dirigiré acerca de estos motivos.

El poder : Nosotros estamos en manos de Dios, que puede lo que quiere, y que castigará nuestra desobediencia, ó premiará nuestra sumision.

La inteligencia : Dios lo sabe todo, lo comprende todo; sabe, pues, y comprende infinitamente mejor que nosotros lo que debe conducirnos á nuestra salvacion, ó á nuestra eterna ruina.

La bondad : Dios quiere, y no puede dejar de querer nuestra salvacion.

Sí ; Dios no puede dejar de querer nuestra salvacion. Inteligente, sabe cual es el camino ; bueno, nos lo pone á la vista; poderoso, premia al que lo sigue, y castiga á quien de él se desvía.

El temor y la esperanza que nos inspira la idea de su poder debe hacernos obedientes á sus mandatos ; la confianza, la admiracion y la fe que produce en nosotros su soberana inteligencia, ha de inducirnos á dejarnos guiar por él; y, por último, las innumerables pruebas que tenemos de su infinita bondad nos obligan á un constante agradecimiento.

2. Sentadas estas verdades, hablemos de la importancia de las cosas pequeñas. Digo, pues, que el fundamento de la salvacion de gran número de personas, es, despues de los méritos de Jesucristo, la aplicacion en conformar su conducta segun la voluntad de Dios, aún en las circunstancias más vulgares de la vida. Añado, que para habituarse á esta fidelidad, es no solo ventajoso, sino indispensable, examinar lo que vamos á hacer ántes de obrar. Y ¿qué regla debemos seguir en este exámen ? Las leyes de la Iglesia inspiradas por el Espíritu Santo, y la palabra misma de Jesucristo. Nuestra conciencia tambien nos ayudará, y puesto que nos referimos aquí á cosas comunes, no hay peligro que nos engañe, si nuestra primera educacion ha sido cristiana.

Empero ; ¿ cuáles son esas ocasiones vulgares y frecuentes en que podemos obrar más ó menos bien, más ó menos mal ?

Esas ocasiones son, hermanos míos, demasiado numerosas para que pueda enumerarlas todas aquí ; me limitaré, pues, á clasificar-

las en ocasiones de pecar contra la humildad, la templanza y la continencia ; contra la ley del trabajo, la caridad, la fe, y la esperanza ; contra el culto y el honor debidos á Dios, y el respeto y la obediencia debidos á su Iglesia ; contra la verdad, la justicia y los deberes del propio estado ; ó en ocasiones de orgullo, de sensualidad, de pereza, de envidia y de cólera ; de desconfianza, de mentira, de deslealtad, de rebeldía, etc., etc.

Padre, direis vosotros, la enumeracion que acabais de hacer comprende la vida entera ; hablais de todas las virtudes y de todos los pecados ; ¿ por qué no nos deciais : Hermanos míos, voy á exhortaros á vivir cristianamente ?

Os contestaré, carísimos hermanos : cada dia se os exhorta á vivir cristianamente, y la experiencia me ha enseñado que estas exhortaciones no bastan ; por esto me ha parecido oportuno proponeros un método aplicable á todos los peligros y en todas las ocasiones. Recordad que el tentador está siempre presente, y que oculta sus asechanzas bajo las apariencias de futilidades ; él os presenta como cosas indiferentes lo que tiene mucha importancia, y os induce á cometer ciertos pecados veniales en los cuales apenas fija su atencion vuestra conciencia, y que, sin embargo, reiterados, constituyen malos hábitos y pueden servir para haceros dar cada dia un paso más en el camino del mal.

Tomemos, al acaso, un ejemplo. Parece cosa indiferente el levantarse media hora más ó menos tarde ; sin embargo, si despues de haber dormido suficientemente no os levantaiis, os privais de grandes auxilios. ¿Cuál es la voluntad de Dios ? Que vengais la pereza y la sensualidad ; que utilizeis el tiempo, que cumplais con los deberes de vuestro estado ; y, por último, que seais caritativos. Pues, bien, carísimos hermanos, si saltando de la cama utilizais aquella media hora, podeis emplearla en fervorosa oracion, en una buena lectura, en trabajos útiles á vuestra familia, ó á vuestro prójimo : podreis, tal vez, visitar á algun enfermo. En una media hora, ¿ cuántos ahorros no pueden remitirse al tesoro del cielo ! Recordad que el pretexto que á menudo alegan los cristianos tibios y egoistas para excusarse de practicar obras de caridad, ó para prescindir de las leyes de la Iglesia, es siempre la falta de tiempo ; y, en realidad, les falta para obedecer á Dios, porque lo dán de sobra al mundo y al demonio. ¿ Y cómo llegaron á este deplorable estado ? Empezaron por ser infieles en las cosas pequeñas, y ahora lo son en las grandes. Dormieron mucho, y descuidaron la oracion de la mañana. El cuerpo se habituó á descansar más de lo que necesita, y ahora no les queda

tiempo para oír la palabra de Dios, y quizás muchos días festivos ni siquiera asisten á todo el sacrificio de la misa. Supongamos, empero, que la oigan toda entera; ¿cómo asisten á ella? ¿Piensan al entrar en la iglesia, que van á tributar á Dios un homenaje *exterior* y otro *interior*? ¿Se preguntan cuáles han de ser en aquel acto las disposiciones de su alma? ¡Ah! si se lo preguntáran, oírían esta respuesta de Jesucristo: «Yo voy á inmolarme por tí; quiero que tú me ames, que me des tu corazón. Yo desciendo de mi gloria, y quiero que tú me respetes y te humilles. Yo me sacrifico por tus pecados, y quiero que tú te arrepientas. Yo me sacrifico por todos los hombres, y quiero que tú ames á esos hombres, que corren los mismos peligros que tú, y abrigan en su pecho la misma esperanza. El amor y el respeto te prescriben el fervor y el recogimiento; la caridad para con el prójimo te prohíbe toda idea de crítica, de censura, todo movimiento de envidia ó de impaciencia, si tus hermanos te distrajesen de atender á lo que se hace en el santo altar.» Quien haya comprendido esta respuesta no es fácil que peque, ni aún venialmente, durante el santo sacrificio. Mas aquel que entra en el templo, porque es indispensable hacerlo, y está habituado á ello, ó tal vez, para evitar las reprensiones de su confesor, este tal, aunque abrigue excelentes disposiciones de corazón, será infiel en cosas leves. Se inclinará á las distracciones, observará los movimientos del sacerdote celebrante, ó el peinado de la persona inmediata, ó fijará la atención en otra cosa, porque el ardor de su caridad para con Dios y el respeto del santo lugar no serán en él suficientes para fijar exclusivamente su mente en el santo sacrificio. Nada le dirá su Devocionario aunque lo lea por intervalos. Y ¡quiera Dios que no califique de hipócrita á tal ó cual persona que, al parecer, ora con fervor; que no censure al rico que ha dado únicamente cuatro céntimos de real en la colecta, y á la señora que honra el santo lugar con un traje usado y casi raído! ¡Ah! hermanos míos, harto sabéis, y mucho mejor que yo, hasta que punto puede conducir la distracción! Esta empieza siempre por una pequeña cosa, ó, más bien, por una leve insuficiencia de amor y de reflexión.

Empero, sobre todo, en punto á nuestras relaciones directas con el prójimo es donde aparecen más evidentes nuestras infidelidades, que comienzan casi siempre por cosas pequeñas.

¿Y qué os diré del modo con que se practica la caridad? Asunto inagotable es éste, porque, como dice cierto autor: «No hay en el Cristianismo una virtud cuya práctica deba ser más universal». Por donde quiera se ven miserables; y las miserias á que está expuesto el

hombre son tan numerosas, que, con razón puede decirse, alcanzan á todas las condiciones sociales; de suerte, que se puede ejercer la caridad lo mismo con los pobres, que con los ricos; con los desgraciados, que con los felices; con los ignorantes, que con los sábios; con los humildes, que con los orgullosos; con los difuntos, que con los vivos; en público y en privado; en la luz y en la claridad; en el hogar doméstico y fuera de él; en la corte y en el desierto; en el retiro y en las reuniones.

Es indispensable hacer limosna; vosotros la haceis, hermanos míos; mas ¿cómo? Hacer limosna no es una cosa insignificante; pero ¿os fijáis en el modo de hacerla? ¡Quién sabe, si practicando la caridad pecáis contra esta virtud! Al socorrer á un pobre, ¿pensáis en la voluntad de Dios formalmente expresada por él mismo? ¿Teneis presente que en el pobre debéis ver á Jesucristo? ¡Ah! carísimos hermanos, si en esto pensaseis ¿experimentaríais acaso el sentimiento de satisfacción ó de orgullo que os domina al entregar vuestro óbolo? ¿Os enorgulleceríais por haber dado una insignificante moneda al Señor, que os dió toda su sangre? ¿Mostraríais ese aire de indiferencia y de superioridad, por no decir de disgusto, al tender la mano á Jesucristo? ¿Y por qué á veces preguntais si el pobre hará buen uso de vuestra liberalidad? Al decirnos que al hacer limosna dais al mismo Jesucristo nuestro Salvador, Dios se propone más bien vuestra salvación que el alivio del miserable, y de esta suerte ha preservado el mérito del don de las vanas y peligrosas consideraciones personales, y á vosotros de esa desconfianza y censura que desvirtua algun tanto vuestra caridad.

Habituaos, pues, hermanos míos, á tratar al pobre con afabilidad y con amistad; haciéndolo así, vuestra caridad se acrecentará, y os acostumbrareis á ver en el necesitado un hermano, y descubriréis en su mirada ménos desconfianza y mayor gratitud. Y al hacer limosna á las almas, dando buenos consejos y consolando á los tristes y afligidos, ¿no habeis alguna vez pecado en la forma? ¿No hubo en ello imprudencia por parte vuestra? La verdadera caridad hace el corazón inteligente, y, á su vez, la práctica de ciertas atenciones la acrecienta. Dios fija sus miradas en vuestros esfuerzos y en vuestro cariño, y os otorga con mayor abundancia la gracia del amor.

Procuraos, hermanos míos, esa mayor abundancia, evitando, en cuanto os sea dable, lo que podría llamarse murmuración indirecta. Al hablar de vuestro prójimo, evitad toda palabra, toda inflexión de voz, toda reticencia, que pueda disminuir el bien que de él habeis dicho. Sea vuestra mirada benévola; y si la justicia y la verdad os

prohiben en la conversacion hablar bien de vuestro hermano, no lo deis á entender por un gesto ó movimiento de cabeza: en semejante caso, cambiad de conversacion, pero de manera que nadie perciba vuestro propósito. Algo difícil es una transicion de este género, convengo en ello; mas no por esto se ha de desmayar; la buena intencion es fecunda en recursos. Por otra parte, es muy fácil librarse de semejante peligro absteniéndose de frecuentar reuniones donde se murmura sin piedad.

No es ménos necesario, hermanos míos, hablar de los pecados, aunque leves, á que nos arrastra la imaginacion, y á los cuales uno se habitúa, por más que sean tan fatales, que, con frecuencia, pervierten á ciertas personas hasta un punto que parece increíble. Tan cierto es esto, que los mismos chismógrafos concluyen por no saber ya distinguir en sus cuentos lo que en verdad ha sucedido, de lo que ellos han añadido de su cosecha. Esto se califica por algunos de agradable; á las personas sensatas les parece, cuando ménos, ridículo, pero nunca agradable, porque es imposible que un espíritu relajado sobre este punto, por el hábito de inventar mentirillas, al parecer indiferentes, demuestre elevacion de ánimo en las cosas serias, y conserve la rectitud de corazón. La voluntad de Dios es, que se diga siempre la verdad. Antes de hablar, pensad bien lo que vais á decir.

En los ayunos, ¿observais el espíritu del ayuno? En los dias de abstinencia, ¿os mostrais sóbrios? Examinad si vuestra observancia es quizás farisáica, y por consiguiente de ningun mérito. La costumbre de vencer la gula os proporcionará fácilmente gloriosas victorias, porque en los apetitos sensuales todo tiene íntima relacion, como la tienen en el alma todas las virtudes. Así como el bien engendra la virtud, el mal es fecundo para el vicio.

Y como la virtud perfecta es producida por el amor de Dios y del prójimo, me permitireis, hermanos míos, citaros las palabras de un santo: «El pelo de cabra presentado al tabernáculo era aceptado, y las pequeñas acciones que proceden de la caridad son gratas á Dios y meritorias. En el alma caritativa, no sólo las obras excelentes por su naturaleza, si que tambien las pequeñas, participan del santo amor y despiden buen olor ante la magestad de Dios, quien, en premio de ellas, *acrecienta* la caridad. Y la acrecienta porque la caridad no crece como un árbol que extiende sus ramas y hace por su propia virtud salir las unas de las otras, sinó que se aumenta y perfecciona por la bondad divina, en la que tiene su origen.»

Así es como brota y crece el grano de mostaza, que, sin el calor y

el rocío del cielo, permanecería estacionario, ó desaparecería para siempre de la tierra.

«Puesto que hemos recibido la caridad de la bondad divina, debemos siempre volver y fijar la vista hácia aquel lado.» Debemos en todo obrar segun la voluntad de Dios, pues la buena intencion es premiada con la gracia que acompaña la fortaleza necesaria para pasar de las pequeñas cosas á las grandes. Por otra parte, Dios se digna aceptar las pequeñas ofrendas, tales como son en el momento mismo en que se las presentamos. «Bien así como en el tesoro del templo fueron muy aceptas las dos monedas de la pobre viuda, y por la acumulacion de pequeñas cantidades se aumentan los caudales, no de otro modo las obras más insignificantes, aunque hechas á veces con cierta tibieza, y no segun todas las fuerzas de la caridad, son agradables á Dios y tienen verdadero valor en su presencia, por cuyo motivo las recompensa ahora con el aumento de la caridad, como las premiará con grados de gloria en el cielo.»

Solo me falta, hermanos míos, deciros algunas palabras acerca del exámen de conciencia que debeis practicar ántes de acostaros. Vosotros conoceis ya las ventajas generales de este exámen; pero quizás no fijais en él toda vuestra atencion, ni lo haceis con la minuciosidad que de suyo requiere. Si estuviérais íntimamente persuadidos de que las cosas pequeñas no son en ningun caso indiferentes, examinaríais vuestras más insignificantes acciones; os fijaríais en vuestros deseos, en vuestros pensamientos, y en los movimientos todos de vuestro corazón. No olvidaríais nada de lo que habeis practicado durante el dia, segun los deberes de vuestro estado y de vuestra profesion; pues esos actos que se renuevan todos los dias, y que, en apariencia, son siempre los mismos, pueden ir precedidos, acompañados ó seguidos de disposiciones buenas ó malas, de ardor, de celo, ó de tedio; de esperanza, de resistencia, de sumision ó de aspereza; de malevolencia y de envidia. Y el dia siguiente recordaríais el exámen de la noche anterior y las buenas resoluciones que hubieseis tomado, y entónces os diríais que siendo cristianos, debeis ruborizaros de sucumbir á la tentacion, despues de haber hecho tan firmes propósitos.

Y para acabar santamente el dia, procurad, hermanos míos, dormir pidiendo á Dios, que al dormiros un dia en brazos de la muerte, podais comparecer tranquilos delante del Juez supremo, que lleva cuenta exacta de todas nuestras obras, pequeñas y grandes. Plegue al Señor que haciendo bien las cosas pequeñas, merezcáis abundancia de gracias, que os hagan dignos de un premio eterno, que á todos os deseo. Así sea.